

Capítulo 66 — — Una Entrevista — Una Guía Práctica para la Hechicería [Libros 1-4, Publicado el 3 de julio]

- Capítulo 66 — — Una Entrevista — Una Guía Práctica para la Hechicería [Libros 1-4,
Publicado el 3 de julio]

Capítulo 66 — — Una Entrevista — Una Guía Práctica para la Hechicería [Libros 1-4, Publicado el 3 de julio]

Siobhan

Mes 12, Día 26, sábado, 7:15 p.m.

Siobhan solo conocía la dirección de Tanya en relación a ella, pero no la ubicación exacta de la otra mujer.

Después de recorrer unas pocas cuadras alejándose de la casa de Liza, detuvo un carruaje precario de dos ruedas — uno en el que el cochero no se sentaba bajo el toldo de tela — y le indicó el camino.

Metió su Conductor de zafiro estelar en el borde de su bota, contra su piel, para liberar ambas manos, asegurándose de que el movimiento del carruaje tambaleante no interrumpiera de manera fatal su hechizo. El Conductor, tomado del profesor Lacer, descansaba en el fondo de su bolsa, ya que, aunque técnicamente podía conectarse con Sebastien, no se sentía cómoda dejándolo en su pequeño armario de la Puerta de Seda.

Cuando la vara giró bruscamente, invirtiendo la dirección justo cuando atravesaban una calle en cruce, supo que estaba cerca. Salió del carruaje, pagando al cochero con una corona de plata del bolso que Oliver le había dado para investigar a Tanya, y miró a su alrededor.

Las únicas personas que aún permanecían afuera eran los indigentes, acurrucados junto a pilas de fuego o refugiados en chozas improvisadas construidas con basura y restos. Algunas de las casas dejaban escapar un tenue resplandor de candelas parpadeantes a través de grietas mal aisladas. Los faroles que la ciudad podría haber colocado en esta zona habían sido vandalizados hace tiempo para robar las cristales de luz hechizada que contenían, los cuales podían usarse personalmente o, más probablemente, venderse por unas monedas. Afortunadamente, la luna

brillaba con suficiente intensidad y estaba lo bastante alta en el cielo como para que ella pudiera seguir su camino, y su pequeña linterna estaba lista en caso de necesitarla.

Las personas dispersas que aún permanecían afuera estaban en su mayoría demasiado miserables para prestar atención, pero aquellos que la vieron la observaron con una hambre evaluadora que dejaba claro que ella no era segura.

Su daga de alquimia llevaba en el bolsillo, pero, aunque el aguante para huir había sido inculcado por la clase de Defensa del profesor Fekten, no tenía habilidad con una espada, y esa pequeña daga difícilmente la defendería si la acorralaban.

El problema con la hechicería era que no se podía lanzar de manera instantánea, para quienes no tenían la habilidad para hechizos libres. Sin embargo, ya tenía más de una docena de hechizos útiles dibujados en papel de algas en su bolso, algunos ungüentos de emergencia y, si la situación se tornaba verdaderamente desesperada, la poca luz era perfecta para lanzar su hechizo de familiar sombra con un efecto más dramático.

Tras revisar rápidamente la dirección de Tanya en la esquina más oscura que pudo encontrar, Siobhan comenzó a moverse. Mantuvo los hombros hacia atrás y caminó sin prisa, girando su rostro en sombra y con capucha hacia cualquiera que la mirara demasiado tiempo. Su lenguaje corporal confiado y atrevido parecía disuadir cualquier interés inapropiado, pero deseaba tener algún hechizo de adivinación para contrarrestar y así activar la protección en su espalda y pasar desapercibida. ‘Maldita sea, incluso agradecería la compañía de Damien en este momento.’

Esta parte de los Miresapestaba peor que cualquier otro lugar del territorio de Oliver, y en la oscuridad, incluso atravesó algunos parches que pensó podrían ser excremento humano congelado. ‘El hedor sería insoportable en verano. Y la amenaza de enfermedades... No es de sorprender que el alce del Bosque, el Verdant Stag, necesite tantas pociones curativas.’

Tras unos minutos de búsqueda, encontró una calle brillante en medio de la miseria, un resplandor que parecía una gema radiante.

No era rico—ni siquiera limpio—como las partes del norte de la ciudad, o las Lilies, donde vivían todas las Familias de la Corona. Tampoco era especialmente brillante. Su luz provenía de fogatas abiertas, linternas y unos cristales encantados colocados sobre las puertas de las tiendas. Pero seguía estando despierto y vivo, incluso a estas horas del Mires, después de la medianoche.

Siobhan miró alrededor con avidez, observando el caos de cosas a la venta entre los pequeños puestos con ruedas y en las sucias vitrinas de las tiendas: desde cuestionables “empanadas” de carne y alcohol hasta pieles de camaleón secas y un pequeño calamar aún vivo en un frasco de cristal. ‘Componentes mágicos. Este es el Mercado Nocturno,’ pensó con asombro.

Ella dio un rápida sacudida a su cabeza, recordándose que no estaba allí para hacer turismo ni comprar. Seguía a Tanya Canelo. ‘¿Qué razón tendría ella para venir aquí? ¿Estará comprando componentes restringidos? ¿O quizás actúa como un lugar discreto de reunión con los Morrows? Munchworth mencionó una reunión,’ pensó Siobhan, acelerando un poco el paso, escaneando la calle frenética en busca de la otra hechicera.

No mucho después, vio el brillo rápido del cabello rubio de Tanya mientras la mujer doblaba una esquina delante de ella.

Siobhan la siguió con la mejor combinación de sigilo y rapidez que pudo, manteniendo su rostro con capucha ligeramente ladeado, observando a Tanya solo con el rabillo del ojo, por si acaso su objetivo miraba hacia atrás para ver si alguien la estaba observando.

Tanya llevó a Siobhan hasta el borde del Mercado Nocturno, donde las luces y la multitud empezaron a dispersarse. Cuando su paso comenzó a desacelerar, Siobhan se escondió en la sombra de una puerta justo antes de que Tanya mirara con inquietud alrededor.

La mujer se cubrió con su capa, tapando su cabeza y su cabello rubio corto, luego sacó algo grande y oscuro de su bolsillo, levantándolo ante su rostro. Tras unos ajustes bajo su capucha, Tanya dio un paso adelante y golpeó un patrón en una puerta anodina.

Siobhan memorizó inmediatamente el patrón de golpes.

Después de unos segundos, una pequeña ranura en la puerta que Siobhan no había notado se deslizó hasta la altura de los ojos. Alguien dentro dijo algo, Tanya respondió, y la ranura se cerró.

La puerta se abrió, permitiendo que Tanya entrara.

Siobhan maldijo internamente. Había estado demasiado lejos para oír lo que decían, lo cual podría haber sido un simple saludo, pero probablemente era alguna especie de contraseña.

Tras unos segundos de buscar ojos vigilantes, se acercó más, escondiéndose en un rincón cercano, formado por una adición mal planificada a un edificio existente. Le proporcionaba justo suficiente espacio para esconderse en la oscuridad, aunque no del todo perfecto, pero con suerte suficiente si tenía cuidado de no moverse.

En los veinte minutos siguientes, diez personas más llegaron a la puerta, respondieron una de tres frases del guardián con una de tres respuestas, y fueron dejadas pasar. Todos ellos llevaban capuchas, haciendo que sus rasgos fueran imposibles de distinguir. Siobhan se esforzó por memorizar sus voces, pero, con una muestra de solo una oración, dudaba de cuán bien podría reproducirlas.

Al pasar unos minutos sin nuevas llegadas, Siobhan reflexionó sobre su siguiente movimiento. 'Tanya está dentro. Necesito ver qué está haciendo. Pero, incluso si logro entrar por la puerta, ¿es seguro para mí hacerlo? ¿Qué pasa si alguien dentro me reconoce? ¿O si atacan? ¿Debería llamar a Oliver como respaldo? Pero, incluso si alerta a través de la pulsera de protección, ¿cómo sabría él dónde encontrarme?' Sin más información sobre lo que ocurría en el interior o los peligros que podría afrontar, no podía idear un plan. 'Pero no puedo quedarme aquí fuera, esperando, cuando sé que algo sucede adentro.'

Ella rodeó el edificio en busca de posibles puntos de entrada alternativos, pero todas las ventanas estaban tapiadas y la puerta trasera asegurada con una pesada estructura de hierro, con barrotes insertados a ambos lados en la pared para resistir intentos de ingreso forzado. Ellos habían sido

cuidadosos.

Por un momento, dio unos pasos atrás lo suficiente para ver el tejado, buscando una chimenea. Se le ocurrió de manera impulsiva que quizás podría treparse al techo y escuchar por la chimenea si la hoguera de abajo no estaba encendida. Pero la pila de ladrillos emanaba humo, y no había lugares adecuados para subirse al tejado, que, al analizarlo con mayor atención, resultaba demasiado empinado para intentar escalarlo, considerando la nieve y el hielo fundidos en las tejas de madera. Se imaginó resbalando y cayendo a la calle, fracturándose el cráneo contra los adoquines, estremeció y descartó ese plan.

Siobhan resistió la tentación de caminar nerviosamente de un lado a otro, sus dedos se flexionaban y buscaban inconscientemente su Conducto, solo para recordar que no llevaba ninguno en el bolsillo.

Por fin, se detuvo, sacó los adornos de cabello con plumas que Oliver le había regalado para su encuentro con Lord Lynwood, y se los colocó bajo la capucha. “Lo mejor es diferenciar lo máximo posible mi personalidad delictiva,” pensó.

Luego se acercó al frente del edificio y, con el corazón latiendo con fuerza y la cabeza bien erguida, tocó la puerta principal.

La ranura emergió de la madera—una especie de magia—y luego se deslizó, revelando los ojos de un hombre y cejas pobladas al otro lado. Él frunció los ojos al verla, desplazándose un poco para dejar que la luz que permanecía detrás de él se filtrara en su rostro, que ella intentó mantener lo más oculto posible en la sombra de su capucha.

“¿Qué clase de demonio se alimenta del cadáver de un pensamiento?” preguntó.

“No hables de tales cosas, no sea que ellas hablen de ti,” respondió ella.

Sus ojos se estrecharon hacia ella, y lo observó durante unos segundos largos. Demasiado tiempo. “Este es un club privado,” afirmó finalmente, y cerró la ranura. Sus bordes se fundieron de nuevo en el resto de la puerta, añadiendo una sensación de definitiva a su declaración.

Siobhan observó la puerta cerrada durante unos momentos, los músculos en sus hombros y espalda tensos por la incredulidad, el descontento y la frustración. “Estoy segura de que puse bien la contraseña. ¿Conoce a todos los que ingresan? ¿Las personas tienen horarios muy específicos y yo me equivoqué? O... ¿Qué fue lo que Tanya deslizó debajo de su capucha? ¿Y si era una señal de algún tipo? ¿Una...máscara?”

Se volvió y casi brinca de susto al ver a alguien que se acercaba a ella a apenas unos metros.

Logró evitar dar una señal tan evidente, pero sus músculos se tensaron con tanta fuerza que sintió un dolor punzante que le recorrió la espalda y le atravesó el cráneo.

La otra persona también llevaba capucha como los demás, pero sostenía una linterna que emitía suficiente luz para que Siobhan pudiera ver la máscara debajo.

Siobhan se apartó con cautela del umbral.

La persona enmascarada la miró durante un instante.

Siobhan bajó más su capucha, y ya se estaba alejando cuando la conocida voz de Liza dijo: “Espera.”

No era tan tonta como para decir su nombre en voz alta, pero la miró durante demasiado tiempo, formando mentalmente la imagen del personaje envuelto en su capa, con máscara, la hechicera de lengua afilada y ambiciosa por el oro, con un corazón escondido de bondad, que justamente acababa de visitar en su casa.

Liza caminó hacia la puerta, llamó a la cerradura y, cuando se abrió, intercambió una frase secreta con el hombre que estaba del otro lado. “He invitado a un posible nuevo miembro para su consideración,” añadió.

Los ojos del hombre miraron de reojo hacia Siobhan y asintieron. “Espera aquí.” Cerró la ranura de nuevo.

Liza apartó a Siobhan hacia un lado y caminó hasta el borde de la cuadra. Miró a su alrededor con sospecha y luego bajó la máscara. “¿Cómo supiste de esta reunión?”

“Escuché hablar a alguien sobre ella y los seguí,” respondió Siobhan con sinceridad, aunque omitiendo los detalles más importantes.

Liza frunció el ceño con evidente irritación. “No se lo menciones a nadie dentro,” dijo rápidamente.

“Pensaba que esta era una reunión de personas alineadas con los Morrow. No esperaba verte aquí...,” Siobhan miró a la mujer mayor con desconfianza. ‘Liza no tiene lealtad a Oliver. Él fue claro en decir que su lealtad no se podía comprar cuando me habló de ella por primera vez. Pero no pensaba que pudiera estar trabajando con ambos lados.’

Liza resopló, su sonido más enfadado que irónico. “Trabajaré con quien elija, niña, y no aceptaré críticas por ello. Pero no tengo especial afinidad con los Morrow. Esta es una reunión de taumaturgos que las facciones legales y oficiales quizás no aprueben.”

“Oh.” Dado que Liza era exactamente el tipo de taumaturgo que las facciones legales no aprobarían, su presencia resultaba irónicamente adecuada. Por esa misma razón, Siobhan también cumplía con esas condiciones.

“Mi recomendación puede abrirte la puerta, pero si deseas ser miembro, deberás pasar la inspección. Un prognos examina a los nuevos integrantes en busca de engaños, y hay un voto de huella de sangre que prohíbe revelar los detalles importantes de la reunión, salvo a quienes invites como posibles nuevos miembros, y también prohíbe discutirlo con quienes puedan representar un peligro para ella. No me hagas quedar mal. No actúes con asombro, no indagues demasiado en los otros miembros ni hagas demasiadas preguntas. De hecho, si puedes, mantén la boca cerrada por completo,” explicó Liza, mirando a ambos lados del rostro de Siobhan, en las plumas negras y rojas

que crecían detrás de sus orejas y alrededor de las sienes. “Buen toque.”

Siobhan las tocó con la punta de los dedos con cierta vergüenza. “Gracias.”

“Estoy en deuda por actuar como intermediaria,” añadió Liza, colocándose de nuevo la máscara y girándose para dirigirse hacia la puerta.

Los ojos de Siobhan se entrecerraron. Pensó rápidamente y luego alcanzó a Liza, diciendo: “Aprecio tu ayuda, pero en realidad es poco esfuerzo de tu parte. ¿Y qué tal si me haces un favor, en lugar de la compensación habitual?”

“Puedes tener un título interesante, niña, pero no veo cómo lo que puedas hacer sería valioso para mí.” Era una pista de que Liza sabía que Siobhan era la Reina de las Gárgolas, pero aparentemente no le parecía impresionante; lo cual tenía sentido, considerando que había hechizado con Siobhan y conocía mejor que la mayoría de qué era realmente capaz.

“De hecho, tengo un favor específico en mente, y poco tiene que ver con mis adornos de cabello,” respondió Siobhan con una pequeña sonrisa de satisfacción. “Oliver ha conseguido recientemente algunos huevos de duende. Frescos.”

Los ojos de Liza no se agrandaron detrás de los orificios de su máscara, pero algo en su mirada se volvió aún más penetrante. “¿Fertilizados?” soltó de repente.

“No fertilizados.” Liza no pareció demasiado decepcionada, así que Siobhan continuó. “Dos huevos. Él planea venderlos a alguien dispuesto a pagar una prima, pero puedo convencerlo de que te permita ofrecerte a ti primero la oportunidad de hacer un trato.”

—¿Tienes ese tipo de influencia?

Siobhan encogió los hombros con una indiferencia cuidadosamente controlada. —Es solo una reunión. Si ninguno de los dos logra llegar a un acuerdo, no es culpa mía. Creo que él puede hacer eso por mí. Después de todo, la razón por la que tiene los huevos en primer lugar soy yo.

La cabeza de Liza se giró completamente hacia Siobhan en ese momento, pero ambas estaban de regreso frente al edificio custodiado, y la puerta se abrió ligeramente tras ellas, vertiendo luz en la calle. Ambas se dieron vuelta y entraron rápidamente, perdiendo la oportunidad de seguir conversando.

El guardia de la puerta estaba de pie junto a otras dos personas, una de ellas un prognos, como había advertido Liza. Los tres llevaban mascarillas —aunque la del guardia solo cubría la mitad inferior de su rostro— y, por supuesto, la máscara del prognos tenía un solo gran agujero en medio de su frente.

El ojo redondo del prognos estaba delineado con Kohl, y, al observar la forma de su cuerpo, Siobhan pensó que era una mujer.

La tercera persona era un hombre de aspecto común, de estatura similar a la de Siobhan. —Por favor, acompáñennos —les dijo con un gesto discreto de su brazo. El pasillo era estrecho, así que Siobhan y el hombre avanzaron al frente, con el prognos siguiéndolos detrás.

Liza giró en la otra dirección, dejando a Siobhan a su suerte.

Mientras caminaban, Siobhan sintió apenas una punzada de ojos inquisitivos y tentáculos que buscaban, contra su escudo de protección contra divinaciones planeales. Sus pensamientos se volvieron hacia la fría, suave y calmante textura del Conductor negro contra su pierna, pero no alimentó energía adicional a la protección. «Debe ser el prognos. Es lo suficientemente sutil. Mucho menos que la presión de acercarse a Gera. Me pregunto si lo que siento podría ser simplemente el talento natural de esa mujer para la divinación. Los prognos detectan y relacionan detalles de una manera que está más allá de la mayoría de los humanos, pero eso no significa que esté lanzando un hechizo. De todos modos, no hay que exagerar. La protección puede manejar esto por sí sola, y no quiero parecer agresiva en un edificio lleno de taumaturgos sospechosos y probablemente poderosos. Solo espero que no hagan preguntas demasiado invasivas y que sus juramentos no sean demasiado restrictivos.»

El hombre abrió la puerta a una pequeña sala, e ingresó primero, haciendo un gesto de bienvenida con la mano; ella entró detrás, con los ojos atentos a posibles peligros, observando cada detalle trivial de la habitación y del lenguaje corporal de sus acompañantes. En el centro había una mesa, en la esquina una caja de madera y un círculo de hechizos con tiza ya dibujado en el suelo, cubriendo la mayor parte del recinto.

Estaba bastante segura de que era una protección contra mentiras. Muchas de las barreras más fuertes contra la falsedad eran ilegales, porque quitarle el libre albedrío a un ser humano era una de las definiciones de la magia sanguínea. —Pero eso no es probable que detenga a estas personas—.

Su corazón latía demasiado rápido y, a pesar del frío que impregnaba el lugar, sintió un escalofrío de sudor en la espalda. —¿Por qué sigo metiéndome en situaciones así? Debo tener daños cerebrales. Si esto sale terriblemente mal, ¿escuchará Liza si grito? ¿Me ayudará?—.

El hombre hizo un gesto para que Siobhan se sentara en la mesa, que tenía una silla en cada extremo, y luego se dirigió a la caja, sacando un par de componentes y colocándolos en el círculo de hechizos en el suelo.

La mujer prognos se sentó frente a Siobhan mientras el hombre comenzaba a conjurar la protección contra la falsedad.

Siobhan sintió la extraña tensión en el aire que intentaba filtrarse por debajo de su piel, llegar a sus oídos y atravesar sus ojos. Entrar en su mente. Un escalofrío la recorrió violentamente.

“Es algo desconcertante,” dijo rápidamente el hombre. “Solo intenta relajarte. Es más fácil si no luchas contra ello, y terminará después de unas pocas preguntas.”

Eso no resultaba nada reconfortante.

El pronóstico sacó dos bolsitas. Ella vertió un círculo de arena pálida y opaca sobre la mesa con una mano, añadiendo con destreza unos símbolos sencillos que Siobhan reconoció vagamente como enfocadores direccionales para hechizos que actuaban de alguna manera fuera de los límites del círculo.

En este caso, dado que claramente la mujer estaba a punto de realizar una adivinación, se concentraba en una dirección para la entrada de todos los pequeños detalles de sonido, presión del aire y luz que serían las pistas que usaría para deducir. La adivinación no sensorial—para extrapolar información a partir de datos ingresados, en lugar de algo como la radiestesia de un objeto conectado de manera sensitiva—era difícil, peligrosa y podía ofrecer resultados sutilmente o incluso abiertamente incorrectos.

La mujer desató la apertura de la segunda bolsita y empezó a agitarla lentamente, mirando fijamente a Siobhan. Lo que fuera que llevaba dentro tintineaba como piedras opacas.

Siobhan sintió que la magia de los discos en su espalda aumentaba, pasando de un goteo a un río creciente. Junto con la incomodidad de la protección contra la mentira, estaba profundamente nerviosa.

Su espalda se había puesto sudorosa y picaba, aunque sus dedos estaban fríos y rígidos. Cerró los dedos con fuerza alrededor de los brazos de madera de la silla, luego los soltó muy consciente y lentamente, dejando que sus manos descansaran de forma natural. Miró fijamente al gran ojo del pronóstico, sin pestañear, permitiendo que su mente cayera en ese estado de concentración que precede al lanzamiento de magia.

“Intenta responder con un simple sí o no. ¿Eres miembro de la fuerza policial, pública o privada, o estás empleado por algún miembro de esa fuerza?” preguntó la mujer.

“No,” dijo Siobhan.

La mujer agitó la bolsita una última vez y luego la volcó sobre el centro del círculo de arena en la mesa. Se derramaron huesos. La tensión en la protección de Siobhan aumentó bruscamente.

Los huesos podrían haber sido casi huesos de pata de pollo, pero no tenían la forma adecuada.

‘Huesos de dedos,’ pensó Siobhan. ‘Humanoides. Probablemente humanos. Todos algo diferentes y más de diez.’ Al inspeccionarlos más de cerca, vio que estaban tallados con runas en cada rincón de sus superficies.

La mujer los observó, con los ojos desplazándose sobre los patrones que habían formado. La piel sobre su ojo se contrajo formando lo que probablemente era una expresión de disgusto bajo su máscara. Luego levantó la vista hacia Siobhan y rápidamente volvió a bajar la mirada.

“Intentémoslo otra vez. Tal vez un poco más sencillamente esta vez.”

Reunió los huesos, los volvió a colocar en la bolsa y empezó a agitarla lentamente en un ritmo constante. La miró aún más fijamente en esta ocasión.

Siobhan le devolvió la mirada, sintiendo que la protección se activaba nuevamente. Instintivamente, reforzó el flujo de su sangre y de su Voluntad para potenciar su función. La sensación de intrusión, de espionaje invasivo, le provocaba ganas de lanzarse a cruzar la mesa y rasguñar ese ojo con sus dedos. Incluso le apetecía lanzar un par de hechizos cortantes contra el hombre que manipulaba la protección de tamaño habitación. 'Reaccionar de esa manera sería un error,' advirtió.

Esta vez, la mujer preguntó: "¿Eres un policía empleado por Gilbratha?"

"No," respondió Siobhan nuevamente.

La mujer volvió a arrojar los huesos.

Siobhan apretó los dientes ante la tensión que sentía en su aura mientras los huesos caían, tintineaban y descansaban en la mesa. Pensó que tal vez uno de sus ojos había parpadeado involuntariamente.

La mujer observó los huesos una vez más. Miró al hombre, luego a Siobhan, y después volvió a fijar la vista en los huesos.

"¿Algo anda mal?" preguntó él, con un tono que rozaba la tensión. "¿Debería llamar a Peters?"

La mujer negó rápidamente con la cabeza. "No. Es solo que... no obtengo nada. Es contradictorio, o tal vez los huesos están respondiendo a una pregunta completamente diferente a la que pensé que hice." Miró los huesos por un largo momento, levantó de nuevo la vista hacia Siobhan y luego se apresuró a recogerlos. "Probemos otra cosa. Algo que no dependa tanto de la interpretación."

Sacó un pequeño saco, agitó tres dados de múltiples caras en una mano, y cerró el puño alrededor de ellos. Luego preguntó: "¿Eres un policía?"

"No," dijo Siobhan. Comenzaba a preguntarse si tal vez debería dejar que las divinaciones se hicieran sin resistencia, pero el aura funcionaba sin su consentimiento consciente, y canalizar más poder en ella era algo inmediato e instintivo, como cuando se aparta de una parrilla caliente antes de percatarse del ardor. Incluso si quisiera permitir la divinación y mostrarse vulnerable, su mirada desnuda, visible, en lugares que deberían permanecer oscuros y secretos, la profecía aún tendría que vencer la protección.

La mujer sopló sobre los dados, y, con un movimiento curvado de su mano, los hizo rodar sobre la mesa.

Se pálida.

"¿Qué pasa?" preguntó el hombre, con voz tensa por la inquietud.

La mujer tragó saliva, mirando los dados, todos con el mismo símbolo visible. "Estoy husmeando en secretos que exceden mi comprensión. Los dados advierten que debo apartar la mirada."

Siobhan dudó sinceramente que ella estuviera interpretando correctamente aquella señal. A ella le parecía que el hechizo intentaba explicar que había sido desviado por su protección, que se había vuelto impotente ante ella.

“¿El hecho de que ella sea policía o no, es un secreto?” preguntó el hombre.

Siobhan pudo notar cómo su mano se metía en el bolsillo, y sintió la duda que le generaba su foco de concentración al vacilar. “Ten cuidado,” le advirtió, girándose hacia él con una expresión severa.

Sacó una varita, apuntándola hacia ella, y la duda en su intención se intensificó aún más frenéticamente.

“Estás a punto de perder el control de tu hechizo,” dijo Siobhan, lentamente y con claridad. “Concéntrate, o déjalo. No quiero ser alcanzada por las consecuencias si algo sale mal por tu total ineptitud.”

El hombre palideció, pero en lugar de soltar el hechizo, su concentración se fortaleció. “¿Qué estás haciendo? ¿Por qué no funciona la divinación?”

Siobhan volvió a mirar a la mujer que le hacía frente, levantando un poco las manos, como para demostrar que no era una amenaza. No podía mentir, pero eso no significaba que tuviera que responder exactamente a sus preguntas. “No es la pregunta, el problema; soy yo. Dudo que tengas acceso a algún método de divinación que funcione contra mí. ¿Eso será un problema?”

“¿No funciona? Ella es una pronos,” dijo el hombre, incrédulo, pero ninguno de los dos le prestó atención con una sola mirada.

Como si en respuesta, Siobhan levantó lentamente sus manos aún más, extendiéndolas a los lados de su capucha y apartándola, revelando las plumas que brotaban desde su cuero cabelludo. Solo podía esperar que algún rumor acerca de la Reina Cuervo llegara a estos magos renegados, y que creyeran en ella tanto como Lynwood había creído.

La mujer la observaba, fijando su mirada en los oscuros ojos de Siobhan, solo desviándola brevemente hacia las plumas. “¿Tú...? ¿Te llaman la Reina de las Gaviotas, mi dama?”

El hombre inhaló profundamente.

Siobhan le devolvió la mirada, demasiado tiempo, hasta que el pronosticador se apartó.

El hombre bajó parcialmente la vara de combate y luego la levantó nuevamente, como si no estuviera seguro de hacia dónde apuntarla. El hechizo de protección titubeaba otra vez.

“Algunos podrían referirse a mí así,” admitió Siobhan. Se volvió para mirarle. “Por favor, no se asuste. No deseo hacerle daño. Sin embargo, eso no me detendrá si usted ataca primero.”

El pronosticador volvió a encontrarse con la mirada de Siobhan. Ella tragó saliva. “Baja la vara, Gerry,” dijo, con voz dura. “Lo siento,” añadió, dirigiéndose a Siobhan. “No sabíamos.”

‘Mi reputación debe estar empezando a salirse de control si así reaccionan. Me pregunto si Lynwood o alguno de sus secuaces ha estado difundiendo rumores sobre mí.’ Sólo entonces, Siobhan se dio cuenta de que había puesto pie en el suelo y se encontraba sobre la mujer. Se sentó lentamente. “No te lo dije,” intentó sonar conciliadora, “así que no habrás podido saberlo. Ahora, estamos en un punto muerto. No puedo superar tu prueba si no puedes formular esas preguntas, y, sin embargo, quisiera unirme a la reunión antes de que finalice.” Es cierto. ‘¿Qué estará haciendo o diciendo Tanya con los demás mientras yo sigo aquí atrapada?’

“Yo—” La voz de la mujer se quebró, y tragó con fuerza. “Solo pido tu promesa de sinceridad, Reina de los Cuervos. Eso será suficiente prueba para nosotros.”

“Lo tienes,” afirmó Siobhan, tras unos momentos de reflexión. ‘No es una mentira, porque planeo ser honesta siempre que no me hagan preguntas demasiado indiscretas, y todavía no puedo asegurar si lo harán.’

Para su sorpresa, ante una mirada aguda del pronosticador, el hombre liberó el hechizo que le impedía mentir.

‘¿En serio ahora?’, pensó Siobhan con incredulidad, ‘¿Van a aceptar mi palabra? Quizá les preocupa que el hechizo no les funcione y me insulte, dado que ya di mi palabra. Si es así, mi reputación es mucho más honorable de lo que soy.’

“¿Tienes alguna animosidad hacia este grupo o sus miembros?”

Siobhan le dedicó una pequeña sonrisa irónica. “No hacia el grupo. Tengo vinculaciones algo... indecisas con algunos de sus integrantes. Pero no planeo causar problemas que puedan afectar a todos.”

“¿Alguno de nosotros te ha ofendido?” preguntó la mujer, en un susurro apenas audible.

“Algunos de ustedes me han causado ciertos problemas, pero también me han ahorrado otros, y tengo buena disposición hacia al menos uno más. Como mencioné, no estoy aquí para causar problemas. Solo vengo a la reunión.”

La mujer hizo varias preguntas similares, y Siobhan respondió de manera vaga pero honesta.

Menos de dos minutos después, concluyó la entrevista, le entregaron una máscara anodina para esconder su identidad, y el hombre hizo señas para que avanzara con él por el pasillo hacia la sala principal de reuniones.

Siobhan se detuvo en la entrada de la sala de entrevistas. “Espero que no sea necesario decirlo en voz alta, pero lo diré de todos modos. Espero que ninguno de los dos revele mi identidad a nadie más. Eso incluye rumores sobre mi apariencia o habilidades, o incluso que estuve aquí esta noche. Valoro mi privacidad tanto como cualquier otra persona enmascarada aquí.”

Ambos estuvieron de acuerdo sin dudar, asegurándole que no divulgarían ninguna información sobre ella.

‘Ojalá cumplan su promesa. No quiero que Tanya se asuste porque la Reina de los Cuervos acude a sus reuniones secretas. Por todos los diablos, qué desastre.’